

IdIHCS

Instituto de
Investigaciones en
**Humanidades y
Ciencias Sociales**



**Programa de Investigación Escolarización.
Perspectivas Históricas, Pedagógicas y Políticas
de la Educación**

Papeles de coyuntura

#5

Por **Eduardo Galak**

Doctor en Ciencias Sociales (UNLP)

Investigador del CONICET

Estado de dilación: política, cuerpo y educación en cuarentena

Escribo estas líneas mientras me encuentro en mi casa por causa del aislamiento obligatorio social y preventivo con motivo del COVID-19. Hacer futurología no está dentro de mis aficiones, pero creo que vale la pena pensarnos en perspectiva histórica, siempre que ello implique, antes que ver cuestiones del pasado, una interrogación del tiempo.

El título de este ensayo debe su razón a dos sentidos: por un lado, porque surge en parte como crítica a la idea que plantea Giorgio Agamben de que, producto de la pandemia provocada por el Coronavirus, estamos viviendo un estado de excepción relativamente permanente y, por otro, porque la propuesta es interpelar esta contemporaneidad a partir de pensar que estamos en presencia de un tiempo resignificado en su tradicional percepción cronológica: dicho en criollo, la sensación colectiva de que este presente es histórico. Precisamente son estas dos líneas las que orientan estos párrafos.

* * *

En un apurado conjunto de afirmaciones que levantó una interesante polvareda intelectual, Agamben¹ alerta sobre la posibilidad de estar viviendo un estado de excepción en el que las normas de prohibición y suspensión de actividades devienen en una nueva forma de normalidad. Más allá de las acertadas críticas que le propinan Roberto Esposito² y Jorge Alemán³ por el capricho de Agamben de hacer encajar el mundo a sus ojos —especialmente porque su pretensión de distanciarse de la biopolítica lo llevaron a minimizar la enfermedad y por su afán de comparar sus análisis sobre los campos de concentración nazi con la cuarentena actual—, cierto es que estamos viviendo un tiempo de excepcionalidad.

Tiempo de excepcionalidad cuya permanencia supone sin dudas una reconfiguración de nuestras subjetividades que potencialmente atenta contra nuestras sensibilidades. El “distanciamiento social” como mecanismo inmunológico es un arma de doble filo que afecta la percepción sobre los otros. Tiempo de excepcionalidad que se distingue claramente de las épocas más oscuras de la historia del siglo XX, repleta de autoritarismos totalitarios, pero que se acerca a lo que Esposito identifica como una de sus principales características: la politización de lo biológico y la biologización de la política. El peligro está en lo que llama

¹ Me refiero al inaugural texto de Giorgio Agamben “Lo stato d’eccezione provocato da un’emergenza immotivata” del 26 de febrero de 2020 (<https://ilmanifesto.it/lo-stato-deccezione-provocato-da-un'emergenza-immotivata/>) y a la catarata de aclaraciones y debates que pueden leerse en el hilo de la editorial Quodlibet (<https://www.quodlibet.it/una-voce-giorgio-agamben>), por lo menos hasta “Distanziamento sociale” del 6 de abril.

² Roberto Esposito: “Curati a oltranza” (<https://antinomie.it/index.php/2020/02/28/curati-a-oltranza/>)

³ Jorge Alemán: “Agamben, el coronavirus y el capricho teórico” (<https://lateclaenerevista.com/agamben-el-coronavirus-y-el-capricho-teorico-por-jorge-aleman/>)

el doble cierre del cuerpo, esa “absoluta identidad entre nuestro cuerpo y nosotros mismos”,⁴ porque la reducción del cuerpo a su biología implica que nos cueste separar el virus de su portador. Los políticos, médicos y comunicadores que arengan cotidianamente a combatir esta enfermedad como si fuese una guerra olvidan que en este caso no se aceptarían treguas con el enemigo: su lenguaje bélico esconde que solo es posible su exterminio, con la enorme amenaza purgadora que ello podría conllevar para con los enfermos.

Cabe recordar que lo inmunológico de nuestra era porta dos signos: el reemplazo del ideal de libertad por una idea de seguridad y la universalización no ya de la biología, sino del cuerpo. Y entonces la condición primera para *ser* libres es *sentirnos* seguros –cualquier semejanza de estas palabras con nuestra realidad actual no es mera coincidencia–. Ser y sentir se (con)funden, existencia y experiencia se aplanan, con todos los costos que ello implica para las subjetividades. Pero además, si concebimos que la política es un dispositivo para defender la vida, es preciso incluir una respuesta a la pregunta por qué tipo de vida debemos defender, si una vida política, social, colectiva o una vida biológica, normalizadamente individualizante y homogeneizadamente universalizante. Respuesta que no debiera cerrarse en argumentos jurídicos o biologicistas inmunológicos, ni hacernos caer en la falsa dicotomía salud/economía que pretende instaurar buena parte del capitalismo global, no sin claras intenciones.

La lectura que hace Edgardo Castro⁵ de las palabras de Agamben y de la crítica que le esboza Esposito es, más allá de algunos tonos románticos, acertada: inclusive frente a un hecho global, inclusive frente al biopoder transnacional que el virus desató, las relaciones entre el Estado y las sociedades se deberán redefinir según las particularidades contextuales. No me parece casual que una voz argentina como la de Castro sea la que postule este localismo: es bien sabido que la relación Estado argentino-sociedad argentina es, como mínimo, específica, y que las significaciones de “pueblo” o “masa” (ni hablar de “trabajadores” o “compañeros”) muchas veces funcionan como retórica más excluyente que incluyente.

Es preciso reconocerlo: estamos potencialmente frente a una democracia de rasgos totalitarios de fuerte control horizontal. Primero, porque el Estado (en mayúsculas), por lo menos en Argentina, viene ejerciendo una autoridad que lejos está de ser autoritaria, pero que más allá de su consenso porta algunos trazos de un modelo de política totalitario democrático por dilución de la sociedad civil. Debemos estar atentos a los poderes, a la quietud y desequilibrio de los Poderes Judicial y Legislativo, a la agilidad en los movimientos agrietadores. También debiéramos aprovechar este sacudón social para repensar la verticalidad descendente de la institucionalidad gubernamental, algo muy característico de la política local. Segundo, porque algunos conglomerados urbanos balconeros, muchos periodistas y varias publicaciones en redes sociales se tornaron en un estado (en minúsculas) parapolicial, haciendo que la denuncia se horizontalice entre “ciudadanos de a

⁴ Esposito, Roberto: *Bios. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu, 2011, p. 226.

⁵ Edgardo Castro: “Giorgio Agamben y el nuevo estado de excepción gracias al coronavirus” (https://www.clarin.com/revista-enic/ideas/giorgio-agamben-nuevo-excepcion-gracias-coronavirus_0_PudxE2ilo.html)

pie”, “vecinos” o como lo quiera llamar la retórica político-ideológica que le calce a cada uno. Abogo en todo caso para que la prédica de #cuidarnosentretodos no se transforme en un #cuidémosnosdelosotros.

No me sentiría cómodo con estas palabras si no explicito que me provoca una profunda incomodidad vivir un tiempo en el que una entidad superior me obliga a quedarme en mi casa y a portar una autorización si quiero salir. Entiendo que debemos reconocerlo y aceptar que este estado de dilación implica también flexibilizar creencias encarnadas, aplazar sensibilidades, posponer subjetividades. Siempre y cuando todo ello implique ponderar, por sobre las individualidades, un sentido colectivo que no sea clasista, racista, autoritario, vertical, patriarcal, heteronormativo ni violento en cualquiera de sus formas, me veré sosteniendo la bandera de esta historia que será difícil olvidar: quedate en casa. Más pronto que tarde volverá el tiempo de poder priorizar la libertad por sobre la seguridad, de abrir ese doble cierre del cuerpo y significar la vida política con sus matices locales por sobre la vida biológica.

* * *

Pero también es un tiempo de excepcionalidad que genera un constante estado de dilación. Se pospone, se prorroga, se retarda, se retrasa. Vencimientos, plazos, cronogramas, rutinas, proyectos, deseos. No hay aspecto de nuestra habitualidad que no se haya puesto en suspenso, que no haya sido interpelado por una distensión del cotidiano, por una laxitud del tiempo.

¿Qué hacemos cuando los principales ordenadores de nuestra rutina son puestos en suspenso? A veces no dimensionamos, por lo menos públicamente, el rol articulador que tiene para nuestras sociedades la educación institucionalizada. ¿Acaso no es un organizador del cotidiano el calendario escolar? Sin dudas la gramática escolar estructura buena parte de los modos que tenemos de relacionarnos, de distribuir nuestras rutinas de descanso, de trabajo, de alimentación, de ocio, etcétera. La organización de las vacaciones, por citar un ejemplo, en muchos casos depende de ello. Claramente la curricularización de la vida trasciende los procesos de escolarización y los muros escolares.

Estamos ante una situación especial que obligó a la suspensión de clases. Pero ello no implica, de ninguna manera, la cancelación de la educación, sino por el contrario, su dilación: su aplazamiento, su extensión, su flexibilidad. La educación que se viene desarrollando en este contexto muestra que puede (y probablemente debe) pensarse con otras temporalidades, con menos simultaneidad, con intervalos y suspensiones más individuales, con responsabilidades y autoridades no tradicionales, con plazos menos regulados externamente. Más allá de las comparaciones de Agamben o Esposito con el pasado más atroz, estos tiempos de excepcionalidad muestran la enorme vigencia de la afirmación de Theodor Adorno de que la principal tarea de la educación es que Auschwitz no se repita. Bien sabía Adorno de la razón que tenía Karl Marx cuando señalaba que la historia ocurre dos veces: ya asistimos como su primera vez a la *Shoá*

como una gran tragedia, la tarea de la comunidad educativa en su conjunto debe ser procurar que esta pandemia y sus consecuencias no se transformen en una miserable farsa autoritaria y segregacionista.

La propuesta de pensar que estamos *experienciando* un estado de dilación compromete reconocer la labilidad del tiempo y de algunas formas de ordenamiento de nuestra cotidianeidad. Allí radica la potencialidad que encierra este estado de dilación: la posibilidad de extender el Estado, en este punto en mayúsculas, como modo político articulador de la organización social, de dilatarlo para que llegue a toda la población por igual. Ello implica comprender que las versiones neoliberales a las que se arrastra el mundo entrañan una latente disolución de los lazos sociales que desnuda el síntoma individualista de nuestra época. Antes bien, estos tiempos de excepcionalidad deben hacer emerger nuevos modos de organización social más locales, haciendo a la vez que esta reconfiguración del tiempo entrañe nuevos órdenes colectivos que habiliten sensibilidades que sean disruptivas de las normatividades encarnadas. Y para ello la educación, en sus múltiples dimensiones, debiera ser el terreno de su constitución y disputa.